

## **"Movilización de estudiantes secundarios: síntomas de una crisis neoliberal en Chile"**

**por Fernando Alvear Atlagich / Carlos Miranda Rozas**

Entre los meses de mayo y junio de 2006 un estallido social sin precedentes en los 16 años del Chile postdictatorial sacudió su aparentemente apacible escenario político-social. Cientos de miles de estudiantes secundarios paralizaron o tomaron sus colegios, desplegando lienzos alusivos a sus demandas en los frentes de los liceos y amontonando sillas a modo de barricadas en sus accesos. Multitudinarias marchas se sucedieron en las principales ciudades del país y los enfrentamientos con la fuerza policial se produjeron con una intensidad vista solo en tiempos de la dictadura militar. El despliegue discursivo del movimiento estudiantil abarcó no sólo un conjunto de reivindicaciones económicas y de infraestructura, sino que también significó un cuestionamiento global a las bases jurídicas e ideológicas que sustentan el actual modelo de administración y financiamiento del sistema educativo chileno (Ver, Juan González, Rodrigo Cornejo y Rodrigo Sánchez: ""Estamos dando clases". Significados y perspectivas de la movilización nacional de estudiantes en Chile"; [www.observatorioeducacion.uchile.cl](http://www.observatorioeducacion.uchile.cl)).

Por otro lado, insospechadamente, dado el contexto de apatía política y de penetración ideológica de la matriz neoliberal en la población, el movimiento tuvo un amplio apoyo de la mayoría de la sociedad chilena.

Mucho se ha escrito sobre el contenido de las demandas estudiantiles y sobre sus inmediatas repercusiones políticas, sin embargo, la cercanía temporal de los sucesos aún no ha dado pie para un análisis sobre el significado profundo que ha tenido este "estallido social" para la sociedad chilena en su conjunto y para los principios estructurales sobre los cuales se fundamenta. ¿Es el conflicto estudiantil y la crisis de la educación un hecho a analizar únicamente al interior de las fronteras del sistema educacional o alude a un fenómeno societal de mayor envergadura? ¿Qué relación podría establecerse entre lo ocurrido en Chile con otros fenómenos que están ocurriendo en América Latina? ¿Por qué fueron los estudiantes secundarios los llamados a romper con la lógica de subordinación de los movimientos sociales a las direcciones del sistema político y del proceso de transición? ¿Qué elementos se identifican en la discursividad desplegada en el conflicto que acarreó tan masivo apoyo de la opinión pública? El presente artículo busca sugerir algunas hipótesis al respecto y abrir un análisis que, dada la importancia de lo acaecido, se hace urgente para visualizar de manera clara el momento histórico que vive nuestro país.

### ***Desgaste de la Matriz Neoliberal en Latinoamérica y las especificidades del caso chileno***

La conducción política de los países latinoamericanos estuvo determinada a partir de la década de los 80 por la matriz ideológica neoliberal que, básicamente, postulaba que la modernización económica sólo podía ser posible a través del libre mercado, la inversión extranjera y la mercantilización de las diversas esferas de la vida social como lógica de la organización colectiva. Fue así como las privatizaciones del patrimonio estatal, la desregulación a la entrada y salida de capitales y la instauración de la lógica del mercado en las funciones donde antes se constituía el Estado como actor predominante, se

transformaron en el sello característico de las administraciones nacionales durante dos décadas.

Pese a esto, a partir del nuevo siglo los cuestionamientos a la matriz neoliberal se hicieron cada vez más insistentes y presentes en los países latinoamericanos y comenzaron a ser parte del discurso político de amplios sectores de la sociedad. El antineoliberalismo se instaló como una bandera de lucha que suscitaba cada vez mayor adhesión entre los pueblos. En Venezuela, Chávez, el primer presidente sudamericano en declararse abiertamente anti-neoliberal, se consolidaba en el poder tras el intento fallido de golpe de Estado en su contra; los presidentes Sánchez de Lozada en Bolivia, Jamil Mahuad en Ecuador y Fernando de la Rúa en Argentina eran desalojados del poder por explosiones de descontento popular. En Brasil el líder del partido obrero más grande del continente Luiz Inácio Lula da Silva, era elegido presidente. Poco tiempo después, Néstor Kirchner asumía en Argentina desacatando las exigencias del FMI y una coalición de centroizquierda llegaba al poder en Uruguay rompiendo el tradicional bipartidismo uruguayo.

Todos estos hechos eran síntomas de que en el subcontinente las políticas neoliberales comenzaban a perder su hegemonía y que la ciudadanía de los distintos países se inclinaba por reorientar los rumbos nacionales. Últimamente, el fracaso del Área de Libre Comercio para América (ALCA) en noviembre pasado en la cumbre de Mar del Plata, el triunfo arrollador de Evo Morales en Bolivia que llevó a la renacionalización de los hidrocarburos, y la disputa palmo a palmo de la presidencia mexicana por parte de la izquierda (PRD) de ese país, no han hecho más que confirmar esta tendencia.

Esta sucesión de acontecimientos políticos es el indicador más evidente del fracaso de las promesas modernizadoras de la matriz neoliberal: América Latina no sólo no dejaba atrás la desigualdad, sino tampoco la pobreza generalizada y los más acuciantes problemas sociales asociados al subdesarrollo como la desnutrición o el analfabetismo. En este sentido, el premio Nobel 2001 de economía Joseph Stiglitz señala: *“los programas de privatización han tenido efectos adversos, especialmente para los pobres... la privatización ha demostrado ser un importante vehículo tanto para la corrupción como para la creciente desigualdad... (En tanto que las políticas de liberalización del mercado de capitales) parecen ser de cuestionable beneficio para el país en su conjunto, si bien es posible que beneficien a las comunidades financieras tanto nacionales, como más probablemente, a las del extranjero”* (Joseph E. Stiglitz: “Ética, Asesoría Económica y Política Económica”; en [www.iadb.org/Etica/Documentos/dc\\_sti\\_etica.doc](http://www.iadb.org/Etica/Documentos/dc_sti_etica.doc) págs. 25 y 26)

El caso Boliviano ilustra claramente que las protestas masivas y el repudio de amplios sectores sociales al capitalismo neoliberal fue el resultado de una profunda desigualdad social que las políticas neoliberales solo habían contribuido a aumentar. La edición boliviana de *Le Monde Diplomatique* escribía en noviembre de 2003, a pocos meses del derrocamiento de Sánchez de Lozada: *“al cabo de década y media de neoliberalismo, la única modernidad a la que Bolivia asistía se expresaba en la proliferación de automóviles de lujo... y los cafés internet, que vendían a los bolivianos el espejismo de estar asistiendo a alguna forma de globalización ... Los 15 años de neoliberalismo habían favorecido a una elite empresarial y política y al capital extranjero, pero la economía nacional se había estancado y en algunos casos había retrocedido de manera alarmante. En 2002 las exportaciones bolivianas alcanzaban los 1.300 millones de dólares; cifra exactamente igual a la de 1980. El ingreso per cápita de los bolivianos era de 940 dólares al año en 1980; en 2002 fue de 960 dólares. Lo que no permaneció*

*estancado fue el índice de desempleo, ni el de la pobreza.” (Walter Chávez, Le Monde diplomatique, Edición Bolivia. N° 53, noviembre 2003, página editorial).*

Asimismo en Argentina, país en que también el fracaso de las políticas neoliberales fue estrepitoso al desencadenarse a fines del 2001 masivas protestas populares que hicieron salir de manera abrupta al presidente de la Rúa, el neoliberalismo no había traído ni desarrollo económico ni mayor bienestar social “*baste decir que entre 1976 y... (2002) la desocupación pasó del 3% al 20%; la pobreza extrema de 200.000 personas a 5 millones; la pobreza de 1 millón a 14 millones; el analfabetismo del 2% al 12% y el analfabetismo funcional del 5% al 32%*” (Carlos Gabetta. *Le Monde diplomatique*, Edición Cono Sur. N° 31 enero 2002, página editorial)

Como puede observarse las políticas neoliberales aumentaron la brecha entre ricos y pobres, la deuda externa y el desempleo, por lo que los pueblos latinoamericanos reaccionaron con masivas jornadas de protesta o llevando al poder a coaliciones, partidos o líderes políticos que representaban una alternativa al neoliberalismo.

En este escenario, Chile aparecía como una excepción en la región, alejado de las grandes conmociones sociales y sumergido en el discurso autocomplaciente de una élite política que veía (y aún ve) en la conducción política y económica de la dictadura militar y de los gobiernos de la Concertación las razones para un aparente desarrollo sostenido en el marco de una gobernabilidad "democrática". Lejos de la óptica de esta élite ha estado la pobreza de amplios sectores de la población, la desigualdad social únicamente comparable a la de los países africanos, y los contextos de exclusión y marginalidad que crecen al alero de la matriz neoliberal, desestructurando las relaciones sociales y provocando bolsones de delincuencia, drogadicción, alcoholismo y violencia. Sin embargo, estas problemáticas sociales y el descontento popular no han traído aparejados como en otras latitudes, un cuestionamiento estructural del sistema ni una crisis política de proporciones que anticipe una alternativa al neoliberalismo imperante.

Las razones para este "rezago" son múltiples. En primer lugar, cabe señalar el momento de implantación de las políticas neoliberales en Chile, las que se adelantaron en una década respecto del resto de Latinoamérica, dado que fue hacia mediados de los 70 que los militares chilenos comenzaron a experimentar con medidas de tipo neoliberal, diferenciándose con ello, del resto de los dictadores sudamericanos que solo se habían limitado a “expulsar” de la política nacional a diversos actores sociales como sindicatos, partidos de izquierda y movimientos subversivos, pero que no contaban con un modelo de desarrollo definido.

La dictadura de Pinochet pudo así imponer el “dogma” neoliberal a un país sojuzgado por el terrorismo de Estado, mediante el cual se logró inhibir cualquier expresión de descontento popular a mediados de los 70, y que luego reprimió con furia las protestas iniciadas en 1983, en lo que fue una crisis social y económica de magnitudes comparables a las que trajeron la ruina a los presidentes de Argentina y Bolivia. Pasada así su principal crisis de implantación en 1982-1983, el modelo neoliberal chileno, a pesar de sus gravísimos efectos sobre amplios sectores de la población chilena, terminó por demostrar su viabilidad. La apertura temprana a los mercados externos, en comparación a otros países de América Latina, y el consiguiente desarrollo exportador se tradujo en un incremento sostenido, durante casi dos décadas, del Producto Interno Bruto y del consumo per cápita.

La viabilidad - más no así el éxito - demostrada por las políticas neoliberales, unida al sometimiento del movimiento popular por parte de los partidos políticos de la

concertación, fueron un obstáculo insoslayable durante la década de los noventa para el surgimiento de grandes expresiones de descontento popular.

Efectivamente, el proceso de transición a la democracia significó la "domesticación" de los movimientos sociales - particularmente el sindical y poblacional - por parte de los partidos políticos que tenían una presencia significativa en ellos, como era el caso de los partidos de la Concertación. La coalición gobernante se abocó así a la subordinación de las esperanzas puestas en la nueva democracia, incluido su propio programa de gobierno, a la lógica de la gobernabilidad, procurando anular todo elemento que pudiera poner en entredicho la institucionalidad política. Bajo el argumento de la consolidación democrática, se llamó a los movimientos sociales a claudicar sus banderas de lucha y a ser actores disciplinados de la "democracia de los acuerdos" entre la Concertación y la derecha. La política dejó de ser expresión de proyectos políticos de sujetos colectivos para transformarse en el espectáculo mediático de las "buenas ideas", o en otras palabras, del predominio de la "técnica" (espejismo operado por la matriz ideológica neoliberal que reduce el espacio de discusión política a las fronteras de su propia implementación) por sobre la política.

Sin embargo, la exitosa labor de contención llevada a cabo por los gobiernos de la Concertación no ha impedido que las graves desigualdades propiciadas por el modelo vayan gradualmente haciéndose cada vez más patentes. Voces de protesta, de los más diversos sectores sociales, han llamado a revisar o a transformar el modelo. Es más, ya fuera directa o indirectamente, ningún sector político, en las pasadas elecciones de 2005, pudo eludir realizar un cuestionamiento a alguna dimensión o a la globalidad de la matriz neoliberal impuesta en el país. Incluso, algunos sectores del empresariado nacional, siempre conscientes de que los problemas sociales y el descontento acarrearán problemas para los negocios, se han bajado del coro de los autocomplacientes y se han aventurado a decir que quizás no todo debería seguir igual. Sin olvidar a los buenos hombres de sotana siempre preocupados de los más carenciados, da la impresión que reina un cierto consenso en torno al hecho de que un sistema económico que tiene ubicado a nuestro país entre los más injustos del mundo a la hora de repartir la riqueza, requiere una cierta revisión.

### ***Crisis Neoliberal de la Educación en Chile***

Las políticas neoliberales en el ámbito educacional chileno fueron impuestas por la dictadura mediante diversas reformas que convirtieron a la educación en "*una mercancía, sometida a los estrechos criterios de la eficiencia y la competitividad, donde el estado asume solo un rol subsidiario y débilmente regulador*" (Boletín del Colegio de Profesores de Chile A. G., junio 2006), de tal forma que quienes poseen los medios económicos para comprar un buen producto acceden a una educación de calidad, mientras que aquellos que carecen de los medios, deben conformarse con un producto deficiente.

Este nuevo carácter de la educación fue refrendado por la dictadura en su último día de ejercicio en el poder con la promulgación de la Ley Orgánica Constitucional de Enseñanza (LOCE), la que bajo el pretexto de la libertad de enseñanza, institucionalizó legalmente la educación de mercado.

Es precisamente aquella educación "neoliberalizada" la que comenzó a incubar la crisis desatada con las movilizaciones de los estudiantes secundarios, crisis que es al mismo tiempo de calidad como de equidad. Una educación que es concebida como mercancía permite que con ella se hagan negocios y que por lo tanto, se ponga el foco de atención en

las utilidades y no en la calidad, lo que se agrava debido al débil rol fiscalizador que ha asumido el Estado en esta materia, permitiendo que proliferen colegios privados de dudosa calidad, subvencionados por el Estado. El estancamiento que se observa desde hace años en los puntajes de la prueba SIMCE (Sistema de medición de la calidad de la educación) refleja con claridad esta situación.

En este contexto, aquellos colegios que pueden seleccionar a sus alumnos, dejando a los de bajo rendimiento o menor capital cultural heredado fuera, son finalmente los que pueden mostrar buenos resultados académicos, sumado al hecho de que son por lo general esos mismos establecimientos los que cobran altas mensualidades por la educación que imparten, con lo que se ha generado en el país una educación segmentada por estratos sociales en donde los miembros de los estratos altos acceden a una educación de calidad y el resto de la población debe conformarse con lo que sus ingresos le permiten "comprar" en materia educacional. Según el Observatorio Chileno de Políticas Educativas de la Universidad de Chile, se ha producido un fenómeno de segmentación social de los establecimientos, o también denominado "*apartheid* educativo". Según los académicos del Observatorio "existen hoy en Chile cinco sistemas cerrados y excluyentes de administración: el particular pagado, el particular subvencionado con financiamiento compartido (donde los padres pagan cuotas mensuales), el particular subvencionado sin financiamiento compartido, el municipal de comunas ricas y el municipal de comunas pobres ... El sistema educativo chileno, en palabras de un Informe elaborado por la Organización para la Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE) en el año 2004, está "concientemente estructurado por clases sociales", fomentando las desigualdades de origen de los estudiantes" (OPECH, "¿Por qué hay que cambiar la LOCE y revisar la municipalización?").

En definitiva, lo que hizo crisis en Chile es un sistema educacional profundamente desigual y mercantilizado, expresión pura de las recetas del libre mercado que suponen que el irrestricto acceso de los privados dará pie a un escenario de competencia donde la calidad de las prestaciones a los clientes irá en ascenso progresivamente. El resultado: uno de los sistemas educacionales más segmentados del mundo, fiel reflejo de la profunda segmentación de la sociedad chilena.

Constituida así en una faceta más de la lenta, pero consistente crisis del neoliberalismo en Chile, cabe aún preguntarse por qué fue el sistema educacional y no otro sector la válvula de escape más violenta para el creciente malestar incubado por las políticas neoliberales. Si bien esta última pregunta encuentra gran parte de su respuesta en los actores involucrados en el conflicto, el aumento de las expectativas que tienen los individuos con respecto a la educación, se transforma en otro gran factor que nos ayuda a comprender esta situación. Efectivamente, más que en ningún otro momento, la educación adquiere una centralidad en términos simbólicos, en tanto elemento definitorio de la futura situación material y simbólica de los individuos en la sociedad. El sistema educacional, en una visión exacerbada pero cierta en gran medida, se transforma en el vehículo de ciertos individuos hacia el prestigio y el éxito, mientras que para otros se transforma en la ruta a la ignominia, el fracaso y hacia un horizonte de trabajos poco calificados, precarios y mal pagados. De esta manera, se puede constatar un aumento de la ponderación del capital escolar de los individuos sobre la composición global de su capital.

Constatado este hecho, es aún más fácil graficar un segundo factor que lleva al aumento de las expectativas de los individuos con respecto a la educación y que por ende aceleran la crisis de ésta: las promesas de igualdad presentes en el discurso de la política

mediática. Efectivamente, una de las consecuencias no buscadas de la política electoral y los discursos desplegados con fines populistas a través de los medios de comunicación, es la exigencia del cumplimiento de aquellas promesas pregonadas a los cuatro vientos. A pesar de la escasa credibilidad del estamento político, frases como “ningún chileno que se lo merezca quedará fuera de la universidad” ó “todos los chilenos tienen derecho a una educación de calidad”, son frases que calan hondo en las conciencias, sobretudo en contextos donde, tal como dijimos, la educación pasa a ser el elemento crucial que definirá el futuro de una persona. No es de extrañar, por ende, que los secundarios y otros actores hayan exigido el traspaso a la realidad de aquellas promesas repetidas hasta el cansancio en las coyunturas electorales y en los discursos de la autoridad pública. En este mismo sentido, la Reforma Educacional, iniciada con bombos y platillos en el gobierno de Eduardo Frei a fines de la década de los noventa, y que mediáticamente se vendió como el pilar estructural del gran “salto hacia adelante” del desarrollo chileno que nos pondría en la senda de los tigres asiáticos. Entre sus principales medidas se contempló una cuantiosa inversión en infraestructura, la implementación de la Jornada Escolar Completa, el énfasis en el uso de las tecnologías de la información, y el mejoramiento de la calidad docente. El impacto que provocó significó un alza de las expectativas de los ciudadanos en el terreno de la educación, sólo comparable a la decepción provocada en cada uno de los contextos y áreas donde la implementación de sus principales medidas fueron rotundos fracasos.

Ahora bien, aunque hemos sido capaces de situar la crisis de la educación en el marco de la crisis de las políticas neoliberales en Chile y América Latina, en conjunto con el fenómeno palpable del aumento de la importancia del capital escolar sobre el futuro de los individuos, ninguno de estos elementos puede por sí solo o en conjunto explicar cabalmente el carácter que tuvo la movilización de los estudiantes secundarios, ni la radicalidad de sus demandas, así como la masividad y la fuerza con la que insospechadamente "prendió".

Desde el regreso a la “democracia”, los movimientos y actores sociales se han caracterizado por su extrema debilidad. Durante muchos años, el escenario político-social ha estado dominado por las cúpulas políticas, militares, eclesiásticas y empresariales, cuyas disputas marcan las correlaciones de fuerza al interior del bloque dominante. Quedaron así, fuera del circuito decisonal, las grandes mayorías.

Los actores sociales se acostumbraron a pedir “en la medida de lo posible” y siempre dentro de los márgenes que habían fijado las distintas cúpulas en el marco del proceso llamado de “transición a la democracia” o de “consolidación democrática”. El disciplinamiento llevado a cabo por los militares y luego por la élite política habían logrado un éxito más allá de sus propias expectativas. Quienes se negaban a encontrar la paz en el consumo y bregaban por viejas consignas, se encontraban con la indiferencia creciente de una población que abandonaba la política, y la propia noción de lo colectivo, motivada por el conformismo exitista o la resignación impotente. El hombre apolítico se hizo camino acompañado de un malestar que seguía cualquier rumbo, menos aquel de la acción colectiva.

Sin embargo, la permanente incorporación de nuevos individuos a la sociedad asegura una alteración sin fin del orden de las cosas. Nacidos a lo sumo en 1988, los protagonistas de la movilización secundaria no conocieron la dictadura ni los primeros años de temerosa democracia. Sus mentes y sus cuerpos evadieron así el brazo disciplinador que el sistema político impuso sobre todos los ciudadanos y los movimientos sociales. El disciplinamiento que operó durante el proceso de transición no fue capaz de alcanzar a una

nueva generación de individuos. Para ellos, la dictadura militar es un referente para comprender el Chile actual, pero no un recuerdo que les inspire temor o que los llame a invocar la moderación. Tampoco les sirven por lo tanto, las excusas de una coalición gobernante que se escuda por lo no realizado en el marco jurídico heredado y que nunca tuvo la voluntad de cambiar.

La juventud que salió a las calles y que tomó o paralizó sus colegios, fue subversiva en el más estricto término de la palabra. Subvirtieron el disciplinamiento de los anhelos, de los deseos, aquel marco dentro del cual "se pide". Para ellos, lo que es negativo del presente no puede encontrar justificación en el pasado, en la moderación temerosa. Fue así como exigieron el cambio de una ley con rango constitucional, la mismísima base jurídica de todo el sistema educacional, el regreso de la administración de los colegios desde las municipalidades al gobierno central, el fin de la subvención a los privados, y el ser mayoría - junto a otros actores sociales - en la mesa propuesta por la presidenta para discutir sobre el futuro de la educación. Todas ellas, exigencias impensadas tan solo unos años atrás, en los años de los oídos sordos y donde el interlocutor ponía las condiciones. Sólo hacia el final el sistema político supo responder y procesar el conflicto, pero la sorpresa había sido mayúscula, Chile ya no era el mismo.

Los jóvenes fueron rebeldes, subversivos, cuerpos deseantes, sin controles, desatados. La liberación de la disciplina en todos sus niveles, incluido el más cercano para ellos como es la disciplina escolar, significó una liberación de los deseos, y por ende, de las propuestas, de los anhelos, de la imaginación.

La violencia desplegada, material y simbólica, que se plasmó en la radicalidad de sus demandas, marcó el inicio de un camino que potencialmente puede llevar a la obsolescencia de un sistema político incapaz de procesar los cambios estructurales exigidos por las grandes mayorías. Las pantomimas de cambio social ya no bastan.

Sin embargo, tampoco la imaginación desatada de aquellos que buscan ver en los jóvenes a los portadores de una nueva era, deben llevarnos a pensar que la demostración de fuerza de los secundarios, así como el amplio apoyo ciudadano que obtuvieron, significan que en Chile se ha gestado ya una alternativa al neoliberalismo. Chile sigue siendo el ejemplo más avanzado de capitalismo neoliberal en América Latina, y su población aún sitúa sus conceptos de justicia social, igualdad, equidad y desarrollo en el marco del paradigma liberal predominante. El amplio apoyo ciudadano obtenido por los estudiantes no debe entenderse como un apoyo antineoliberal, o anticapitalista, sino como el rechazo a la grave disfunción que impide que opere la igualdad de oportunidades, noción básica del paradigma liberal clásico, que no es más que la mayor legitimación ideológica de las "naturales" desigualdades. Desde las tempranas décadas de la primera mitad del siglo XX, la educación se constituyó en el fundamento que construye la igualdad de oportunidades, entendida como la igualación de los inicios a partir del cual pueden luego manifestarse las capacidades diferenciadas de los individuos y por ende, justificarse las desigualdades. Idea tan vieja como el liberalismo, pero que, a pesar de todos los anuncios de fin de época, se mantiene incólume.

La constatación objetiva de la calidad diferenciada de la educación a la que acceden los distintos segmentos de estudiantes, visualizada a través de diversos instrumentos como la prueba SIMCE, llevaron a la población a considerar que existía una alteración de las reglas del juego, una alteración que hacía aparecer las desigualdades como no legítimamente constituidas en base al "mérito", sino que en base al tipo de educación al que se accede. Sólo de esta manera puede comprenderse tan amplio apoyo ciudadano a un

movimiento que venía a poner en cuestión los fundamentos ideológicos de un sistema de organización de la vida colectiva, con los que la mayoría de la población está de acuerdo. Aún dista mucho Chile de comprender que el discurso de la igualdad de oportunidades no es más que un espejismo que oculta las diferencias estructurales de una sociedad dividida en clases. La figura del emprendedor, tan vieja también como el capitalismo, pero revestida de nuevos ropajes a partir de la dictadura, continúa siendo la condensación de las mayores virtudes que se busca de los individuos en el Chile de hoy.

Sin embargo, las grietas comienzan a aparecer, el Estado comienza a ser crecientemente demandado para resolver los problemas que el mercado no puede resolver, y que por otro lado ha profundizado. Si bien aún no se visualiza cabalmente al capitalismo neoliberal y sus fundamentos ideológicos y morales como el desestructurador del tejido social y productor de anomia, crecientemente sus efectos terminan impactando en el sistema político a través de demandas y exigencias de soluciones. Considerando que la construcción de Estado realizada a partir de 1980 no contempló el diseño de dispositivos que pudieran procesar y resolver demandas estructurales, sino todo lo contrario, en el sentido de evitar su aparición e impacto en el orden de las cosas, es factible esperar - dependiendo de las magnitudes de los remezones que se avecinen - una creciente presión y tensionamiento de los fundamentos de dicha construcción de Estado: la Constitución política, y la representatividad política actual de los distintos sectores sociales.

Y aunque la prudencia aconseja a un cientista social jamás pretender predecir el futuro, podemos al menos afirmar que, la movilización de los estudiantes secundarios ha cerrado la puerta del "fin de la historia" en las tierras de este alumno ejemplar del capitalismo neoliberal.